

Paz Herrero

Menopausia

Se despertó bañada en sudor y supo que eran las 3 y 25 de la madrugada. Sin embargo, encendió la luz de la pantalla de la mesita de noche y lo comprobó. Las 3 y 25, ni un minuto más ni un minuto menos. Podía entender que su reloj biológico hubiera considerado que sus 54 años eran más que suficientes y decidido que su edad fértil había acabado. Lo que no lograba entender era que se empeñara en recordárselo con aquella precisión matemática e inquietante. Echó hacia atrás las sábanas y agradeció el frescor de la habitación. Le molestaba el sudor que cubría su cara y su cuello, pero sobre todo le repugnaba la especial incidencia en sus pechos y en su sexo. Sentía que el dichoso reloj se le anticipaba para desbaratar cualquier posibilidad de achacar la erupción volcánica a motivos ajenos al climaterio, que le susurraba impertinentemente “eres vieja”, a esa hora en la que entre el sueño y la vigilia se sentía vulnerable e incapaz de rebatirle.

Se colocó boca arriba y se quedó quieta, escuchando los ronquidos de su marido, que dormía en la cama gemela. La prominente barriga ahuecaba las sábanas de las que únicamente emergía su cuello corto y grueso unido a una cabeza grande y redonda, dominada por una prominente nariz. Parecía una morsa varada, desagradablemente informe y vieja. Tenía diez años más que ella, 64, y ya no podía recordar cuándo comenzó a engordar

hasta convertirse en un barril rechoncho y fofo. No le cabía en la cabeza que aquella muchacha que podía ser su hija se acostara con él. La imagen de los dos practicando sexo, le provocó un inicio de náusea. Pero lo que hizo que se agitara inquieta fue una súbita idea que se unió inesperadamente a aquella desagradable imagen. Aquel viejo gordo todavía podía dejar embarazada a su amante. La intensidad del asco que le provocó tal idea fue una simple punzada comparada con la de la rabia incontenible que sintió crecer en su interior contra lo que le apareció una broma cruel de la naturaleza. No existía reloj biológico que obligara a los hombres a ser conscientes de su vejez y les impidiera hacer el patético ridículo, tantas veces repetido, de convertirse en padres a la edad en la que ya sólo deberían ser abuelos.

Otro ronquido estentóreo la devolvió a la realidad. Miró a su marido y comprendió de repente que había tardado demasiado en darse cuenta de por qué se despertaba todos los días a las 3 y 25. Se levantó, cogió el almohadón y sin dudar lo apretó con una fuerza que no sabía que tuviera contra la cabeza de la morsa varada. Apenas unos cuantos tirones convulsivos y después..... nada.

Se arrebujó, sintiéndose relajada y satisfecha. Es lo que tiene la disnea, nunca sabes cuando puede resultar útil. Se dio la vuelta y no tardó ni cinco minutos en conciliar el sueño.